

neración de humanistas, los PP. Clavigero, Maneiro, Márquez, Alegre, Landívar, Cavo, Abad, a la cual ha dedicado un bello libro Gabriel Méndez Plancarte¹, y que representa, en el siglo anterior a la independencia política, un florecimiento maravilloso de la inteligencia mexicana. La aparición de tales exponentes intelectuales, de rasgos tan definidos y vigorosos, demuestra, desde entonces, una nacionalidad ya plenamente formada y capaz de producir obras maduras. La de los jesuitas reformadores y humanistas, por razón de fuerzas superiores, se manifestó en su mayor parte en los campos europeos. Este hecho no resta nada a la fecundidad de la cultura mexicana. Hasta sería de meditar sobre los efectos estimulantes que el trasplante a otras tierras pudo tener en la labor de los criollos. El verse arrancados violentamente del suelo nativo debió agudizar en su pecho el sentimiento patrio e infundirles energías para producir obras que hablaran por ellos ante el mundo y ante la historia. Su actividad, desterrados y dispersos, se vio forzosamente reducida a la intelectual. Las ciudades italianas a donde acudieron les ofrecían posibilidades únicas de estudio e investigación, con lo cual su natural inclinación a las letras clásicas encontró campo abierto para extenderse. Agréguese el deseo legítimo de hacer la apología del instituto disuelto, que era la propia apología, y se explicará la riquísima cosecha de trabajos históricos, arqueológicos, poéticos, literarios, filosóficos y teológicos que fueron viendo la luz en las imprentas de Bolonia, Módena, Venecia, Roma, Cesena, Madrid, en los últimos años del setecientos, o que habían de verla más tarde, por cura de beneméritos editores modernos, o que, desgraciadamente, se estiman definitivamente perdidos.

En este extremo la obra histórica del P. Decorme, si bien de carácter general y no monográfico, entra en el marco de la bibliografía que ingenios del país y de fuera, siguiendo las huellas del insigne maestro García Icazbalceta, han reunido para poner en luz un período de las letras mexicanas, que quizá no tiene par en el resto de América, y que aún ofrece fecundas posibilidades de estudio.

R. S.

La Bula "In apostolatus culmine" del Papa Paulo III, en virtud de la cual fue erigida y fundada la Universidad de Santo Domingo, primada de América. (Publicaciones de la Universidad de Santo Domingo, vol. xxvii, Ediciones del centenario de la República). Ciudad Trujillo, R. D., Editora Montalvo, 1944, 72 págs.

Contiene este cuaderno el texto latino de la famosa Bula *In apostolatus culmine* de Paulo III (28 de octubre de 1538), en virtud de la cual fue instituída la Universidad de Santo Tomás en la ciudad de

¹ *Humanistas del siglo XVIII, México 1941.*

Santo Domingo de la Isla Española, seguido de las versiones española, inglesa, francesa y portuguesa. Antecede a estos textos un estudio del licenciado Julio Ortega Frier, que trata de historiar y explicar las vicisitudes sufridas por el aludido documento pontificio. Aun cuando sean discutibles algunas de las afirmaciones del autor acerca de determinados incidentes del largo litigio durante el cual fue llevada y traída la Bula de Paulo III, no es posible apartarse de sus principales conclusiones, a saber: que el privilegio papal tuvo plena validez —con o sin *pase regio*—, que el instituto dominico estuvo efectivamente en posesión del título de Universidad y cumplió dignamente su labor educativa, y que por lo tanto la Universidad de Santo Tomás debe ser considerada como primada de América, “calificativo que le corresponde por razones históricas” (pág. 31). No fue, la de Santo Domingo, Universidad pública, como las de México y Lima: de aquí quizás arranque el equívoco por el cual se ha olvidado a veces ese primado. Pero en el campo de la historia, y de la historia cultural, no caben, en nuestro sentir, tales distinciones y calificaciones: valen los hechos positivos en favor del desarrollo y la difusión de la ciencia.

Cuenta Santo Domingo con dos primados de gran importancia para la cultura humanística de América: el de la Universidad y el del primer poeta latino que pulsó la lira bajo el cielo del mundo nuevo, el obispo renacentista Alessandro Geraldini. A estudiar y documentar el primer extremo está consagrada la monografía que reseñamos: objeto que interesa a la historia de las instituciones culturales americanas.

No dicen los editores cuál es la fuente del texto latino ofrecido: pero sospechamos que no está tomado de la copia que reposa en la Academia Dominicana de la Historia, certificada por el Prefecto del Archivo Secreto Vaticano (V. Pedro Henríquez Ureña, *La cultura y las letras coloniales en Santo Domingo*, Buenos Aires, Instituto de Filología, 1936, pág. 176). Acaso lo más acertado habría sido referirse a esta copia. Tienen sí el cuidado de advertir, en notas, las variantes que se encuentran en diferentes bularios: es de advertir que tales lecciones son generalmente mejores que las del texto elegido.

Una errata notable: en la pág. 19 se lee un *nemus* que debe ser *nemo*.

R. S.

CECILIA HZ. DE MENDOZA, *El estilo literario de Bolívar*. Bogotá, Editorial Cromos, [1945], 154 págs.

La señora Cecilia Hernández de Mendoza ha compuesto este libro con un designio a todas luces relevante y por ello se merece el aplauso de las personas interesadas en las cuestiones literarias que tienen en esta obra una particular importancia por la manera como aparecen tratadas. El libro es ante todo un esfuerzo. Esfuerzo para ahondar, no ya en la crítica literaria corriente, sino para penetrar en los secretos del